

CORONA PÓETICA EN HONOR DE GERARDO DIEGO

CON un rezume clásico, la efemérides sirvió de ocasión a los poetas que se asociaron al homenaje a Gerardo Diego en su jubilación docente, para dedicarle una "Corona poética" de loas y ramillete de afectos, en el Casino de Madrid. Allí se ofreció a Gerardo un banquete, que fué presidido igualmente por nuestro Director General. Después del café —hora de efusiones— exaltaron en encendidos párrafos —prosa y verso— la vida y la obra de Gerardo, Félix Ros, Manrique de Lara, Jesús Juan Garcés, Federico Muelas, José M.^o Alonso Gamo, José García Nieto (que llamó a Gerardo "el mejor poeta de la España actual"), José Hierro (que le consideró como "el hombre que a todos nos ha enseñado a leer poesía"), Rafael Morales (que confesó que "Gerardo era el poeta que mayor influencia había ejercido sobre su poesía y su persona", por lo que le consideraba "como prototipo poético y humano"), Filgueira Valverde y, por último, el Director General de Enseñanza Media, que en una magistral lección psicológica, resaltó la personalidad de Gerardo Diego, polarizada en las virtudes de sabiduría y magisterio, realzadas por un sentido moral y creador. "En el "Beatriz Galindo" —añadió el Prof. González Alvarez— queda su nombre estrechamente unido al de las figuras que han dado honra y prez a la Enseñanza Media española". Gerardo Diego, emocionado, dio las gracias. A los versos leídos en el Casino de Madrid hemos querido unir los dedicados a Gerardo en el número extraordinario de la Revista "Punta Europa", para dar mayor universalidad al homenaje que le fue tributado en su jubilación, incluyendo entre ellos las composiciones firmadas por varios Catedráticos-poetas.

AL MAESTRO GERARDO DIEGO

*Agradeciéndole su constante y
delicada lección.*

Sutil, el párpado fino
tímidamente aletea,
y la palabra sombrea
grácil, precisa, el camino.

Se va leve, como vino,
pero queda el goterón
de miel densa, el diapasón
del concepto, que enriquece;
la almendra de luz que crece...
Dios te pague la lección.

FEDERICO MUELAS

CARTA MEDITERRANEA A GERARDO DIEGO

Para ti, amigo, de quien guardo
una primera luz solar,
oh, claro, inundador Gerardo,
sale hoy mi carta sin cerrar.

Sale desde este mar que toco
y que me esfuerzo en comprender,
y que me ayuda si te evoco:
"palabra, cuna, Santander..."

¿Será del mar de donde llega
tu portentoso balbucir,
dando música a cuanto aneja,
deshaciéndose por decir...?

Acortas no sé qué distancia
de tierras, nubes, amistad,
y traes una antigua fragancia
rebotante de novedad.

Y pienso en otro tiempo. No eras
mi amigo. ¿O sí...? Estrechando estoy
un verano entre primaveras
ávidas. ¿Aquel mismo soy...?

¿Aquel que bajaba —oh, infierno—
de tu mano para saber
que en la palabra hay algo eterno
que se puede esperar, tener...?

¿Y eres tú aquel desconocido
tan cercano y por alcanzar?
¡Date! ¡Te he visto! ¡Te he cogido!
Ya no te dejaré escapar.

Porque me abriste una ventana
que no has cerrado todavía.
Tú, como el mar esta mañana,
me descubriste un día el día.

Desde entonces a tu aula acudo
diariamente. ¿Quién más puntual:
el maestro dictando mudo
o el impaciente colegial...?

Aunque no quieres, Y me ciño
a tu confesión ejemplar:
"Soy un aprendiz, soy un niño."
Es cierto; siempre nace el mar.

Así naciste en mí un asombro,
una manera de entender
la nueva luz, hombro con hombro.
¿Dónde estará el atardecer?

Hacia un ocaso hablo. Te escucho.
Oímos. Otros llegan ya.
Hay mucho que salvar; hay mucho
que hundir. La suerte echada está.

Somos présbitas de palabras.
Hay que alejarse para hablar;
estar aquí para que me abras
tu mensaje de par en par.

De lejos todo nos parece
que ocupa su sitio mejor.
(Gerardo Diego aquí amanece
de un conocido resplandor.

Estuvo, está robando el fuego
para hacerme mirar, arder).
Yo era un sonámbulo, era un ciego;
tú me hiciste despertar, ver.

Ahora lo digo, Prometeo:
tú llevaste a un juego sin fin
fácil salida... "Veo, veo..."
"¿Qué ves...?" "¡La Poesía, al fin!"

Frente a este mar mediterráneo
también persigo una verdad
para ofrecerte un momentáneo
trallazo de sinceridad.

Un caracol soy, un oído
que se ha acercado a ti con fe:
canto la voz que te he debido
y la que aún te deberé.

Mañana nos encontraremos,
tierras adentro, al regresar,
y un silencio compartiremos
mientras habla incesante el mar.

GERARDO DIEGO

Ay, Gerardo, Gerardo,
¿Por qué rimas con "cardo"?

Si por Equis y Zeda
Nuestra fortuna rueda

Maravillosamente
Sin freno de prudente?

Tu Gerardo, Gerardo,
Rima mejor con "nardo",

Con su intrépido aroma
Que a mi alma se asoma,

Con su ingenua blancura
Que por nada se apura,

Con su perfil esbelto
Que deja al hombre absuelto

De todos los pecados
Actuales y pasados.

Aleluyas te entrego.
Perdón, Gerardo Diego.

JORGE GUILLEN

ES GERARDO

Angeles de Compostela,
de Gerardo, ¿qué decís?
Piedra y aire, vis a vis,
éste pesa, aquélla vuela.
La piedra se desconsuela
con la agitación del viento.
Párate, vuelo, un momento,
que es Gerardo quien te para:
Daniel anide en su cara
los vilanos del contento.

ELENA VILLAMANA

A GERARDO DIEGO

Salutación y bibliografía —incompleta—, en forma de poema, con ocasión de su setenta aniversario y jubilación.

A ti, Gerardo, serio, mudo, estático
muletero de espumas, yo querría,
con un poema adrede, en este día
saludarte juglar, ya catedrático.

A ti, Gerardo, angélico y errático,
que, entre Carmen y Lola, todavía
cazas liebres en formar de alegría,
enviarte mi abrazo diplomático.

¡Gerardo, los setenta! ¿Equis y Zeda
o alondra de verdad? ¿Colmena mía
o asunción de la rosa entre tus manos?

¡Gerardo, los setenta! El mundo rueda,
y nos trae sin cesar tu biografía
—incompleta por hoy— versos humanos.

J. M. ALONSO GAMO

TRES MILAGROS DE AMOR

Dicen que ya ha cumplido los setenta
y le ha llegado la jubilación.
Será verdad, pues el escalafón
no se equivoca en esa horrible cuenta.

Pero este jubilado no aparenta
ni en su cerebro ni en su corazón,
ni en el fresco fluir de su canción,
haber cumplido apenas los cuarenta.

Tres milagros de amor han permitido
a Gerardo Diego llegar hasta este día
con aire juvenil y adolescente:

el dulce gozo del deber cumplido,
cultivar su jardín de poesía
y vivir en su hogar sencillamente.

INES GARCIA ESCALERA

A GERARDO DIEGO

(Casi centón)

Romántico y ultraísta,
lopiano de amor y dejo,
santanderinoandaluz,
maestro y niño. Maestro.

Palabras tuyas se queman
y alzan. Palabras tuyas.
Sus hasta siempre redondos,
sus manuales de espumas.

Imagen. Soñada alondra
de verdad. —¿Soñada, oída?—
Memoria. Olvido. Memoria.
Centones mis tentativas,

Y un vía crucis posible
y un imposible ángel loco
frente a la suerte o la muerte.
Y más aún: Amor solo.

Entre fábula y romance,
entre el temblor y la gracia,
entre Debussy y el Duero,
entre ciprés y Giralda.

Tanto Gerardo. Tantísimo.
¡Qué sé yo! Suenan sus versos
como más tímido siempre,
siempre como más angélico.

Y como ayer digo: Alondra,
Compostela, violante...
Y se me enreda el centón
en una gloria de jaspe.

Digo Gerardo. Y lo miro
como un Urbión sensitivo
de donde nace, llorando,
el niño múltiple y lírico.

Gerardo cierra los ojos.
Oropéndolas, sus versos
son un trigo repentino,
semilla para los nuestros.

Tanto en tantos. Sostenido
milagro arquitectural.
Frente a lo torpe lo exacto
ya para siempre jamás.

FRANCISCO GARFIAS

LA GRAN CRUZ DE ALFONSO X EL SABIO A GERARDO DIEGO

EN premio a sus relevantes méritos como catedrático y como escritor, por Decreto 287/1987, de 8 de enero ("B. O. E.", del 20) ha sido concedida la Gran Cruz de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio a don Gerardo Diego Cendoya. La misma condecoración ha sido otorgada a don Eduardo López Chávarri, don José Sebastián Bandarán y don Conrado Blanco.

GERARDO

Gerardo: sonó la hora. Aquí, todos sabemos
—lejos de coeficientes, horarios y baremos—
que, si Dios nos da vida, también, uno por uno,
oiremos a ese lóbrego reloj escalafonal
deletrear sus doce campanadas, igual
que ahora escanció las tuyas. ¡No se escapa ninguno!

Y, de repente, cuanto constituyese afanes,
vocación, objetivos, escrúpulos o goces,
inquietud pedagógica (en vilo siempre), y planes
para afinar los métodos, para educar mejor...,
todo, Gerardo, se hunde. Se apagarán las voces,
en las aulas, también una tras otra; e inanes
sentiremos los brazos, al cesar el fragor...

¡Ley de vida! ¿De vida? ¡Debida! Se nos debe.
Al seglar sacerdocio que es siempre la Enseñanza
lo legal le acogota; pero ¿quién, quién se atreve
a comprender sus cauces, tan hondos?, ¿quién alcanza
a surcar sus alférgos ensueños, sus desvarios,
lo que en ella hay de fe, de pulso, de misión?
¿De verdad, los que enseñan sólo son funcionarios?
¡Qué triste, si así fuese, saldría la función!

Yo sé, Gerardo amigo; sé, Gerardo poeta,
lo que en la hora crucial que vivimos te inquieta.
Sé que estás evocando las horas juveniles.
en que, las manos aún temblorosas, subías
al escaño primero, cual cantor ante atriles
que entonaste, inseguro, su catecumenía.
Con nombre provenzal de trovador, hurafía
la voz aún, dispuesto al verter de la noria
del tiempo, no sin quejas trocaste tu Montaña
por un Gijón marino, tras la merina Soria.
Años y años, así, iniciaban —ahinco
del romero de estrellas que es todo profesor—
su complejo rodar: ¡más de cuarenta y cinco!
Una vida, educando. Y cada vez, mejor.

Yo no quiero hoy cantar al poeta Gerardo...
Hoy, yo, entre camaradas de cotidiana brega,
lo expondré como ejemplo, como símbolo (guardo
las loas a su pluma para ocasión que llega):
hoy, *primus inter pares*; hasta ayer, como todos,
un número, uno más, un temario, un cumplir.

En nuestra vocación ninguno está cien codos
 por encima de nadie. Es un mismo vivir.
 Y un morir mismo, claro. Y un no ahorrar esfuerzo,
 ni argucia, ni detalle, para que hasta el mastuerzo
 aprenda no lecciones, sino aprenda a aprender.
 En este destilarse uno mismo hora a hora,
 ¿pesará más la mente sublime, cegadora?
 ¿No merece igual Cielo quien da un humilde ser?

Y eso es lo que yo, amigos, con mi párvulo alcance,
 quiero *magnificar en quien* en este trance
 nos dice adiós. Son años y años de sedimento,
 de mayos y de octubres, de esperanzas, de aliento,
 de dolor y alegría. Y de limitaciones.
 De suspiros, a envés de parvas ambiciones.
 De exámenes, en junio, en septiembre. Y en junio,
 otra vez. Y ello, en cuarto creciente, en plenilunio,
 en menguante... La lluvia (aquellos "colegiales
 que estudian", machadescos, ¿de Soria!; ¿o de Baeza?).
 El sol, o el frío. El viento. Y los días, iguales,
 monótonos. Y, en todos, otro empezar que empieza.
 Y, cada octubre, el Cid, Gonzalo de Berceo,
 el Arcipreste. Y cada noviembre, Juan de Mena.
 Y Angelo Poliziano ("La favola di Orfeo"),
 tras de las vacaciones que orfeó Nochebuena.
 Y, ¡al fin!, en mayo, Bécquer, la dulce Rosalía...

¿Qué harás ahora, Gerardo? ¿Explicar cada día
 para ti, solo, solo en las aulas de Dios?
 ¿Divagar, o vagar? ¿Cerner la Poesía,
 o seguir escribiéndola, los metros dos a dos?
 No es momento, lo dije, de entronizarlo, amigos.
 Sí, de sentirnos pobres, como huérfano en Reyes.
 Se va. Nos hermanamos con él. ¿Quién inventó esas leyes?
 Se ha cumplido la ley. ¿Quién inventó esas leyes?
 Misión cumplida, entonces. Le quedan otras, ¡y altas!
 No pasará más listas, no borrará más faltas,
 pero, trémulo, un cántico, no dicho aún, le espera.

¡Dios te ilumine, hermano; te dé pluma certera!
 Fuiste fuego y ceniza, en ejemplar fusión:
 número uno en el verso, y un número... cualquiera
 en esta vida nuestra, llamada "escalafón"...

NOVISIMAS DECIMAS, INVENTADAS —EN CHUFLA FRATERNAL— PARA G. D.

A cantar llego
sin tramoya
al ático,
hoy como ayer,
bardo
Gerardo
Diego
Cendoya,
catedrático
(de Santander).

Dios dé el fuego
de tu entrega
horas tranquilas,
alma de nardo,
verso feliz,
Gerardo
Diego,
colega,
que hoy te jubilas
del "Beatriz".

Y que hasta el Cine
tu gloria acuse:
B. B., adorándote
¡fiel!
Más: yo aguardo,
Gerardo,
que te decline
musa-musae,
coronándote
de laurel.

Pues, tras examen,
hubo convenio;
y es bien que hoy vándalo,
y focense, hindú
y cachiké,
G. D.,
proclamen:
"Tú, jándalo.
Tú, genio.
Poeta, tú."

FELIX ROS

A GERARDO DIEGO

*(El catedrático, poeta, escritor,
músico Gerardo Diego ha llega-
do a la jubilación oficial.)*

Maestro. No te vi. Mientras dictabas
tu lección magistral y la divina
gracia de tu poética brindabas,
yo estaba encadenado a la aspirina.

Yo sudaba, Gerardo. Tú sudabas
y sé que en apretada gerardina,
¡ay, lidiador del verso!, lanceabas
rozándote la faja el asta fina.

¡Hay, Maestro! ¡Ay, eterno Principiante!
Gerardo, amigo de los maetillas,
Gerardo siempre inquieto,

deja que en este decembrino instante
te brinde las catorce banderillas
que pongo al toro bravo del soneto.

JUAN PEREZ CREUS
("Maese Pérez")

ALABANZA DE GERARDO DIEGO

Vienen a ti, Gerardo, los molinos
de viento más nobles de la fama.
Versos, tierra y mar en remolinos
de alas con alto sol que derrama

los destinos, las cálidas fronteras,
los peldaños del Verbo castellano,
los ángeles celestes, las hogueras
y los surcos ligeros de las manos.

Espacio y tiempo. España fluye
en la Palabra ardiente, limitada,
que el caudal de una sangre constituye
desde el pecho hasta el alma enamorada.

Labrador, artesano, peregrino
de Palabras que ascienden pedregales,
Gerardo Diego, buen santanderino,
poeta de los montes, los trigales,

las blandas mansedumbres de las rosas,
los atajos, las aves, los secretos
de los largos silencios y sus cosas,
el retablo sin fin de los objetos,

los brillos de las horas, miniaturas,
tallas, sueños, formas, hombres, fuentes,
creador de transparencias y de alturas.
de espejos, de cristales sorprendentes.

Gerardo en la poesía de la esperanza,
Gerardo en el azul de su frontera,
Gerardo verso, alondra, tierra y lanza.

RAMON GONZALEZ-ALEGRE

TU ULTIMA LECCION

A Gerardo Diego

Te jubila un arcángel y coloca
sobre el atril la vieja asignatura.
"Decíamos ayer", literatura...,
pero es otra lección la que hoy te toca.

Llega el Tiempo a tus brazos y convoca
tu magisterio en pánica overtura
y a tu lección le crece la estatura
en el breve recinto de tu boca.

Lope ha bajado y en el aula asiste
a ver cómo te portas con Fenisa
colocando un bemol sobre su anzuelo.

Es esa alumna que te mira triste
y está copiando en verso tu sonrisa
mientras se suelta en tu homenaje el pelo.

JOSE GERARDO MANRIQUE DE LARA

EL SILENCIO DE GERARDO

El silencio de Gerardo
entre los chopos de Burgos
ondulando es vibración
en el alma de Mambruno,
es temblor hondo del agua
del río, ritmo del curso
de la corriente, en las hojas
de los álamos murmullo
plateado y en las alas
del viento rumor oculto,
eco en la piedra, en la ojiva,
en pináculos y muros,
columnas, gárgolas, torres
sobre el paisaje desnudo,
del puente a la catedral
es un gótico susurro,
hace más de treinta años
que entre los troncos enjutos
se hizo encendida palabra
de amor duradero y puro.

JUAN RUIZ PEÑA

CON LEJANA Y DIFÍCIL ANCLA

En este homenaje.

Poeta:

Sí, de amor —partir de nave—
se elabora esa voz de tu secreto.
La herrumbre que tú cuentas, lo concreto,
es lo de menos donde tanto cabe.

Se ensancha con amor tu curso inquieto;
se eleva hasta los cielos lo que, suave,
por el agua que das al alto seto,
pasa en el cauce que de ti se sabe.

Y estás en todas partes y en ninguna,
ido a la luz y opaco de una luna
que te nace en cien noches de mirarte.

Y estás en cualquier sitio y no estás. Verte
es encontrar un lado de la muerte
y la rama de vida de probarte.

Porque, poeta, condenado a río,
a fugitiva aparición, compruebas
que te vas al instante en que nos nievas
esa pena, esa hondura y ese frío.

O que vuelves de pronto, en poderío,
cuando la luz es poca y la renuevas.
Difícil cometido: ir-volver. Llevas
tiempo de ola en calma de navío.

Corremos, sí, corremos. No llegamos,
pero se deja ver que cogemos
un momento del ser donde cantemos.

En el acto de ir nos alejamos.
En el acto de estar no nos quedamos.
¡Oh tristeza del puerto y de los remos!

Mérito para ti, mérito andado
a través del quedarte y no quedarte.
A través de la vida y su vedado.
Mérito para ti y tu amor, que parte
hacia la soledad y que acompaña
la soledad de todos o su aparte.

Saludo a tu palabra tan extraña
y tan amiga y tan vendimiadora
entre esta inmensidad: la triste España.
La alegre España, oscura y bienhechora,

en que el poeta está como caído,
y es noche, y se confunde, y ve una aurora.

Saludo a tu cantar despavorido
cuando la tierra cruje y nos destruye,
porque tú eres mayor que tu quejido.

¡Poeta: El corazón no te diluye
cuando te arrastra el mundo con su ruido;
él —brío de amor— te salva de lo que huye!

MANUEL PINILLOS

POETA EN EL BURLADERO (Pie de foto)

Es una plaza cualquiera.
En medio un toro de fuego.
Ojos de Gerardo Diego
copian su furia primera.
Acodado en la frontera,
pecho abierto, pulso fuerte,
pone en verso cada suerte
—natural, media verónica—,
brinda, perfila su crónica
y hace tablas con la muerte.

ANTONIO MURCIANO

VIÑETA DEL MAESTRO GERARDO DIEGO

Nos mira, y parpadea
para velar la luz de su ternura.
Magisterio de arroyo transparente,
mano tendida a punto y todo alas
en su reino de amor.

Gerardo musical, canonizado,
tan nuestro cada día,
que, nimbada, sentimos su presencia
como Santo Patrón del verso humano.

San Gerardo con lira, mirlo y trino
peregrinando al cielo, arcangelado.
Alondras de verdad le dan cortejo.

CONCHA LAGOS